

# XXII domingo Tiempo Ordinario

## 29 de agosto de 2021

---

- **Dt 4, 1-2. 6-8.** No añadáis nada a lo que yo os mando... observaréis los preceptos del Señor.
- **Sal 14.** Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?
- **Sant 1, 16b-18. 21b-22. 27.** Poned en práctica la palabra.
- **Mc 7, 1-8. 14-15. 21-23.** Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres.

*En aquel tiempo, se reunieron junto a Jesús los fariseos y algunos escribas venidos de Jerusalén; y vieron que algunos discípulos comían con manos impuras, es decir, sin lavarse las manos (pues los fariseos, como los demás judíos, no comen sin lavarse antes las manos, restregando bien, aferrándose a la tradición de sus mayores, y al volver de la plaza no comen sin lavarse antes, y se aferran a otras muchas tradiciones, de lavar vasos, jarras y ollas).*

*Y los fariseos y los escribas le preguntaron: «¿Por qué no caminan tus discípulos según las tradiciones de los mayores y comen el pan con manos impuras?».*

*Él les contestó: «Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos”. Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres».*

*Llamó Jesús de nuevo a la gente y les dijo: «Escuchad y entended todos: nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los pensamientos*

*perversos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, malicias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad. Todas esas maldades salen de dentro y hacen al hombre impuro».*

(Marcos 7, 1-8. 14-15. 21-23)

## **1. Desde la Palabra de Dios**

Volvemos a las lecturas del Evangelio de San Marcos en la Liturgia dominical con una reflexión que nos viene muy bien al final del verano y al atardecer de la existencia: la tradición.

Necesitamos en este mundo tan cambiante tener certezas de orden moral, espiritual y cultural, elementos estables, ciertos, seguros, que nos ayuden a caminar con confianza en la vida. La *tradición* nos procura continuidad con el pasado y crea la sensación de comunidad.

Sin embargo, *tradición viva* puede ser reemplazada por tradiciones anticuadas que nos distraen de lo que es esencial en nuestras creencias —no es lo mismo hacer lo que Cristo dejó a su Iglesia como legado, que hacer las cosas *porque siempre se ha hecho así*—. Esto es precisamente lo que Jesús criticaba en sus coetáneos y en nosotros mismos: creemos que obramos bien porque observamos las tradiciones sobre cosas externas sin preocuparnos del espíritu.

Jesús no está interesado en cosas externas, ya que estas no pueden contaminar a una persona, pero lo que está en nuestros corazones, eso es lo importante. Podemos llegar a ser muy superficiales si solo cumplimos las *obligaciones* de la sociedad, y no ponemos atención al lugar donde está nuestro corazón. Dios nos dice que somos importantes, que Él nos ama y nos ayuda a vivir esa vida más profunda, para que así podamos apreciar los regalos que se encuentran bajo de la superficie. Dios, que ve nuestros corazones, nos juzgará por el amor que hay

en nuestras vidas y por nuestros esfuerzos para amar.

## ***2. Desde el corazón de la Iglesia***

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En este domingo retomamos la lectura del Evangelio de Marcos. En el pasaje de hoy (cfr *Marcos* 7,1-8.14-15.21-23), Jesús afronta un tema importante para todos nosotros creyentes: la autenticidad de nuestra obediencia a la Palabra de Dios, contra toda contaminación mundana o formalismo legalista. El pasaje se abre con la objeción que los escribas y los fariseos dirigen a Jesús, acusando a sus discípulos de no seguir los preceptos rituales según las tradiciones. De esta manera, los interlocutores pretendían golpear la confiabilidad y la autoridad de Jesús como maestro porque decían: «Pero este maestro deja que los discípulos no cumplan las prescripciones de la tradición». Pero Jesús replica fuerte y replica diciendo: «Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, según esta escrito: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres”» (vv. 6-7). Así dice Jesús, ¡Palabras claras y fuertes! Hipócrita es, por así decir, uno de los adjetivos más fuertes que Jesús usa en el Evangelio y lo pronuncia dirigiéndose a los maestros de la religión: doctores de la ley, escribas... «Hipócrita», dice Jesús.

Jesús de hecho quiere sacudir a los escribas y los fariseos del error en el que han caído, ¿y cuál es este error? El de alterar la voluntad de Dios, descuidando sus mandamientos para cumplir las tradiciones humanas. La reacción de Jesús es severa porque es mucho lo que hay en juego: se trata de la verdad de la relación entre el hombre y Dios, de la autenticidad de la vida religiosa. El hipócrita es un mentiroso, no es auténtico.

También hoy el Señor nos invita a huir del peligro de dar más importancia a la forma que a la sustancia. Nos llama a reconocer, siempre de nuevo, eso que es el verdadero centro de la experiencia de fe, es decir el amor de Dios y el amor del prójimo, purificándola de la hipocresía del legalismo y del ritualismo. El mensaje del Evangelio hoy está reforzado también por la voz del apóstol Santiago, que nos dice en síntesis como debe ser la verdadera religión, y dice así: la verdadera religión es «visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación y conservarse incontaminado del mundo» (v. 27). «Visitar a los huérfanos y a las viudas» significa practicar la caridad hacia el prójimo a partir de las personas más necesitadas, más frágiles, más a los márgenes. Son las personas de las cuales Dios cuida de forma especial, y nos pide a nosotros hacer lo mismo. «No dejarse contaminar de este mundo» no quiere decir aislarse y cerrarse a la realidad. No. Tampoco aquí debe ser una actitud exterior sino interior, de sustancia: significa vigilar para que nuestra forma de pensar y de actuar no esté contaminada por la mentalidad mundana, o sea de la vanidad, la avaricia, la soberbia. En realidad, un hombre o una mujer que vive en la vanidad, en la avaricia, en la soberbia y al mismo tiempo cree que se hace ver como religiosa e incluso llega a condenar a los otros, es un hipócrita. Hagamos un examen de conciencia para ver cómo acogemos la Palabra de Dios. El domingo la escuchamos en la misa. Si la escuchamos de forma distraída o superficial, esta no nos servirá de mucho. Debemos, sin embargo, acoger la Palabra con mente y corazón abiertos, como un terreno bueno, de forma que sea asimilada y lleve fruto en la vida concreta. Así la Palabra misma nos purifica el corazón y las acciones y nuestra relación con Dios y con los otros es liberada de la hipocresía.

El ejemplo y la intercesión de la Virgen María nos ayuden a honrar siempre al Señor con el corazón,

testimoniando nuestro amor por Él en las elecciones concretas por el bien de los hermanos.

(Papa Francisco. Angelus, 2/09/2018)

### ***3. Desde el fondo del alma***

Danos un corazón grande para amar.

Danos un corazón fuerte para luchar.

Hombres nuevos, creadores de la historia,  
constructores de nueva humanidad.

Hombres nuevos que viven su existencia  
como riesgo de un largo caminar.

Hombres nuevos, luchado en esperanza,  
caminantes sedientos de verdad.

Hombres nuevos, sin frenos ni cadenas,  
hombres libres que exigen libertad.

Hombres nuevos, amando sin fronteras,  
por encima de razas y lugar.

Hombres nuevos, al lado de los pobres,  
compartiendo con ellos techo y pan.